

EL DESCUBRIMIENTO DE FÉLIX

(Cuento para niños de cualquier edad, que no quieran imitar a la mayoría de las personas mayores)

Félix era feliz. Sí.

No sabía muy bien por qué, aunque sospechaba que su felicidad se debía al amor que recibía de sus familiares, la amistad de sus amigos...incluso a su nombre, que era el más parecido a la palabra feliz.

Félix quiso ser más feliz. Y pensó: "si tuviera un balón de reglamento, un reloj sumergible y un helicóptero teledirigido mi felicidad sería completa".

Félix, además de ser feliz, era un chico muy bien organizado. Con su mejor letra elaboró una lista de sus juguetes preferidos e inició conversaciones con su abuela, con sus tíos y sus padres para conseguir todo aquello que le convertiría en el niño más feliz del planeta.

Los mayores no le dijeron ni que no, ni que sí. Contestaban con un "ya veremos", que aplazaba la posible compra hasta las no muy lejanas fiestas de Navidad.

Los días transcurrían lentos. Félix perdió la tranquilidad en espera del momento en que encontraría el suelo del salón sembrado de regalos. Una duda desequilibraba su paz: ¿se olvidarían de algún juguete?. Esta preocupación le impedía disfrutar de las vacaciones y de los juegos que organizaban sus hermanos y primos.

Por fin llegó la gran noche, los nervios le mantenían en tensión. Creyó que sería incapaz de dormir. Sin embargo, se fue sumiendo en un dulce y tranquilo sueño.

De pronto se encontró en el salón. Sus ojos se agrandaron al descubrir todos los regalos, no faltaba ninguno. Dudaba cuál estrenar primero. Había tantos...Su primo se adelantó a coger un supercamión con mando a distancia y el corazón de Félix dio un vuelco: ¡qué horror! lo estropearía...

No había terminado de arrebatar el camión de las manos de su primo cuando su hermanillo comenzó a teclear con brusquedad en el órgano electrónico. Un escalofrío recorrió su espalda y apartó a su hermano de un manotazo mientras gritaba: eso no se toca, es mío.

La angustia atenazó su corazón. Amontonó los juguetes y se colocó delante para protegerlos. Los niños lo rodeaban amenazantes y sus ojos verdeaban de envidia. Félix sintió miedo y quiso defenderse gritando: son todos míos, solamente míos, míos.

De repente su propio grito lo despertó. Sudaba. Sobresaltado, corrió hacia el salón. Estaba vacío: ni uno de los regalos que en su pesadilla habían sido causa de su disgusto.

No acababa de entenderlo. Si las cosas son buenas y útiles...¿por qué se encontraba triste y solo?.

A través del ventanal observó la nieve. Sigilosamente abrió la puerta y salió a la calle, cogió una poca en sus manos y comenzó a moldearla. Era tan blanca...Podía hacer un muñeco. Sería tan divertido. Se acordó de sus hermanos, de sus primos, de sus amigos...Si le ayudaran conseguirían el muñeco más original que se hubiera hecho nunca.

Sin dudarle fue a despertar a los niños de la casa. Al principio creyeron que se había vuelto loco, pero cuando comprendieron la brillante idea nocturna de Félix, se entusiasmaron con ella.

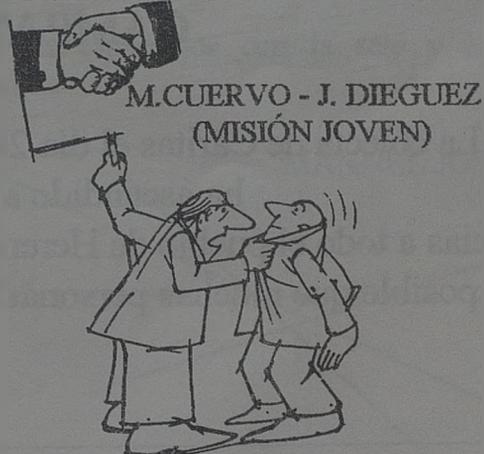
Entre todos emprendieron alegremente la tarea, además de organizar una batalla con bolas de nieve y un campeonato de patinaje cómico. Qué bien lo pasaron, qué regalo tan fantástico, y en medio de la alegría reinante una lucecita se encendió en el cerebro de Félix: recordó los días en que jugaba en la playa con la arena o el agua.

Este fue el gran descubrimiento de Félix: la nieve, el agua, la arena...son magníficos juguetes porque no pertenecen a nadie. Y todos podemos disfrutarlos y compartirlos.

Los juguetes pueden ayudarnos a ser felices si sabemos compartirlos con los demás.

Desde entonces Félix ya no tiene interés por sentirse único dueño de sus cosas. Y cuando le regalaban algo, buscaba con quién disfrutarlo.

Félix es feliz. Sí.



M. CUERVO - J. DIEGUEZ
(MISIÓN JOVEN)